

ALOCUCIÓN DEL P. PETER-HANS KOLVENBACH EN EL CENTRO DE ENSEÑANZAS INTEGRADAS “VIRGEN DE GUADALUPE”

Badajoz - España, Diciembre de 1999

Me siento muy complacido de encontrarme por primera vez en este Centro de Enseñanzas Integradas “Virgen de Guadalupe”, y de poder compartir unos breves momentos con vosotros. Saludo en particular al P. Rector y jesuitas que trabajan en el Centro, a los profesores, padres de familia y miembros de la comunidad educativa, a los representantes de la Parroquia “Santísima Trinidad”, del Centro y Comunidad “Loyola” y del Voluntariado de Marginación “Claver”. A todos quiero hacer llegar mi palabra de aliento y gratitud por la magnífica obra de educación y evangelización que entre todos estáis llevando adelante.

El esfuerzo de todos vosotros, centrado en este barrio, tiene un significado muy hondo para la Compañía de Jesús. Desde los años 50, los jesuitas de la iglesia de la Concepción, preocupados por el grave problema social que afectaba a las barriadas pobres de Badajoz y a toda la baja Extremadura, dirigían su mirada a los sectores más necesitados de la población, que en aquellos años difíciles atravesaban una situación verdaderamente crítica. En octubre de 1949, el P. Juan Bta. Janssens, Superior General de la Compañía, había escrito una carta sobre el “Apostolado Social”. En ella, exhortaba a todos los jesuitas a “abrir los ojos” a la realidad que les rodeaba, y a reorientar los ministerios de la Compañía en beneficio de lo que entonces se llamaba el “proletariado”.

Los jesuitas de Badajoz no fueron sordos a esta llamada. Poco a poco fue tomando cuerpo el proyecto de hacerse presente en medio de los trabajadores, a través de la educación y de la evangelización. Fue así como en los años sesenta surgieron las Escuelas Profesionales “Virgen de Guadalupe”. Años más tarde, la Compañía tomaba la decisión radical de trasladarse desde el centro de la ciudad a San Roque. La opción, muy comentada y hasta criticada en su tiempo, no dejó de levantar cierta polémica entre mucha gente cercana a la Compañía, acostumbrada a otro tipo de presencia y trabajo apostólico de los jesuitas.

Vuestros antecesores no estaban equivocados. Supieron interpretar los signos de los tiempos señalados por el Concilio Vaticano II, y se dejaron interpelar por la acuciante realidad de un mundo dividido por desigualdades e injusticias, en que el anuncio del Evangelio se hacía difícilmente creíble. El servicio de la fe, del que la promoción de la justicia es inseparable, llevó a aquellos jesuitas a revisar las solidaridades y las preferencias apostólicas de su trabajo y a tomar importantes decisiones.

Hoy palpamos los frutos de aquella opción difícil. La concentración de tantos esfuerzos apostólicos, y el trabajo conjunto de las entidades aquí representadas y aunadas en torno a las Escuelas, han hecho posible la presencia evangelizadora de la Iglesia en el mundo del trabajo, y han dado una nueva esperanza humana y cristiana al barrio de San Roque. La educación y el trabajo pastoral han transformado la faz de esta zona y constituyen un ejemplo de lo que se puede conseguir cuando se trabaja en un proyecto común. Actividades

como la “Semana de la solidaridad”, el Voluntariado, el esfuerzo de atención a la Cáritas parroquial, por lo que he podido informarme, son algunas muestras de la aportación de la Escuela al barrio y del servicio cristiano que se está ofreciendo a los más necesitados.

La intuición que tuvieron los jesuitas de Badajoz hace cuarenta años de trabajar en la **promoción humana y cristiana de los sectores necesitados a partir de la educación**, fue certera. La Compañía ha considerado siempre la educación como un terreno privilegiado para el cumplimiento de su misión. Se celebran precisamente este año cuatrocientos años de la famosa *Ratio Studiorum*, o plan de estudios de los jesuitas, que durante siglos ofreció una educación de calidad y una profunda formación cristiana a centenares de generaciones de jóvenes en todo el mundo, para la transformación de las personas y de la sociedad.

Hoy también el objetivo que pretende un centro educativo de la Compañía como éste, es ofrecer a los alumnos la oportunidad de una **sólida formación humana y cristiana**, que les lleve a desenvolverse el día de mañana con competencia profesional, y al mismo tiempo a actuar de acuerdo a los principios y valores aprendidos en la Escuela: comportamiento ético, espíritu de justicia, fraternidad y solidaridad, proyección a la comunidad. Esta Escuela, como católica y como jesuita, no es neutra sino que tiene su “carácter propio” o ideario.

La **búsqueda de una formación integral** bajo esta orientación fundamental, es lo que ha llevado a las Escuelas Profesionales a dar continuidad a su acción, abarcando la educación infantil, primaria, secundaria obligatoria, bachillerato y ciclos formativos, con un total de cerca de 1.300 alumnos que van desde los tres a los veinte años. Me imagino y admiro el denodado trabajo que supone para la dirección y el profesorado el haber optado por la implantación total de la reforma, con todo lo que implica el adaptarse a los imperativos de la legislación escolar.

Si la Compañía está empeñada en este laborioso esfuerzo, es porque considera que se puede de esta manera ofrecer a sus alumnos una mejor formación. Esto justifica todos vuestros desvelos y sacrificios, así como la notable inversión en recursos humanos y materiales que representa el trabajo de la educación. Trabajo de siembra oculta y a largo plazo, en el que no se ven los resultados inmediatos: “uno es el que siembra y otro el que siega”. Pero trabajo en el que creemos profundamente. La educación es siempre un acto de fe.

Quiero a este propósito expresar mi agradecimiento especialmente al **profesorado** y a todo el **personal del Centro** por su dedicación a su vocación no sólo de enseñar e instruir, sino de educar. Os animo a no desaprovechar las oportunidades que os brinda el Centro de una **formación permanente** tanto en el terreno personal como profesional. Conozco el sacrificio que esto representa, dadas las presiones de la vida moderna, en que parece que el tiempo no abastece para tantas ocupaciones como nos desbordan. Pero éste es también un imperativo y una prioridad de un colegio de la Compañía, donde la calidad de la formación se mide en gran parte por la calidad humana y profesional de su profesorado. Alcanzar esta calidad es un deber, pero es al mismo tiempo una fuente de profunda satisfacción y de realización personal.

Ser maestro, y un buen maestro o maestra, ha sido siempre difícil. Sobre todo en tiempos de cambio, como el presente, que exigen un espíritu siempre abierto a la sorpresa de la novedad y una constante actualización, so pena de quedarse desfasado.

La Compañía cree en la educación, y a la vez cree y confía en los educadores que comparten con ella su misión educativa, en vosotros, los profesores y profesoras del Centro. El número de jesuitas es hoy reducido, mientras que el de los no jesuitas aumenta. La Compañía de Jesús, en sus más recientes documentos, ha subrayado el **papel de los laicos** y la importancia de la **colaboración entre jesuitas y laicos**. Os invito a todos a seguir estrechando los lazos entre unos y otros, a identificaros cada día más con los objetivos de la Escuela, y a hacer de la espiritualidad y de la pedagogía ignaciana vuestra fuente de inspiración. La comunidad educativa será la primera beneficiada de este buen ambiente de unión y mutua colaboración.

Me doy cuenta de que el **ambiente familiar y social** en que viven vuestros alumnos es particularmente difícil. Los problemas de fuera entran con los alumnos en la escuela, y os tropezáis cada día en clase con valores, criterios, motivaciones (o falta de motivación), ideales, proyectos de vida que contradicen a veces los de la Escuela y los vuestros propios. Los jesuitas asumieron esta realidad el día que vinieron a San Roque, y éste es precisamente el contexto en que se decidió iniciar una obra educativa. Sin duda, hay que reconocer que la situación ha cambiado y mejorado notablemente en cuarenta años, pero todavía el ambiente cultural sigue teniendo un gran peso. A pesar de la dificultad de perseverar en un trabajo duro, y de lo ingrata que por momentos os debe resultar vuestra tarea, educar en este medio continúa teniendo pleno sentido. En otros ambientes culturales, los problemas serán de otro tipo, pero no faltan tampoco.

Una de las características de la educación de la Compañía es **la atención a la persona**. Tal vez sea éste uno de los mejores medios de responder a la problemática que traen de fuera vuestros alumnos. Sólo una persona puede educar verdaderamente a otra persona. El educador tiene siempre algo de padre o de madre en la generación de un nuevo ser humano. Las máquinas y la técnica, por inteligentes que se pretendan, podrán ser de gran ayuda pero no podrán nunca suplir a las personas, ni tomar decisiones humanas y éticas por ellas. Solamente cuando se conoce a la persona y se la ama, es posible educar. La educación, se ha dicho, no es sólo un acto de fe, sino un acto de amor (Paulo Freire).

La persona sólo puede expresarse y ser ella misma en sociedad. **Crear comunidad** para el servicio a la sociedad es otra de las notas de nuestra educación. En gran medida, el éxito de la educación de una persona, en lo humano y en lo cristiano, dependerá de que esta persona se inserte en una comunidad que le sostenga, una comunidad –más que un grupo-- donde pueda vivir y hacer realidad los principios y valores aprendidos en la Escuela. Crear comunidad, es la única forma de evitar que se pierda la siembra de tantos años, y que nuestros alumnos, al acabar el Colegio, acaben absorbidos en el océano del individualismo y de la insolidaridad que nos rodea.

Esta comunidad, respetando las creencias y los puntos de vista de cada uno, constituye para nosotros una oferta con una clara dimensión cristiana. El **Evangelio y la persona de Jesucristo** son el punto de referencia insoslayable de toda nuestra actividad apostólica,

educativa u otra. Me complace saber que el **trabajo de pastoral conjunta** de las plataformas aquí representadas -- Escuela, Parroquia, Comunidad “Loyola” y Voluntariado “Claver”--, tenga la importancia que merece. Educación y evangelización son inseparables en el proyecto apostólico de la Compañía. Educamos evangelizando y evangelizamos educando. Cuando la comunidad se vuelca en formas concretas de servicio a los más marginados entre los marginados, el ser “hombres y mujeres” para los demás pierde sus ribetes de eslogan y se convierte en realidad. Para Ignacio, la prueba del amor es siempre el don de sí mismo y el servicio.

El proyecto apostólico que comenzó modestamente en los años sesenta con las Escuelas Profesionales, sigue hoy adelante, lleno de dinamismo y promisorias perspectivas para el futuro. Quiero en esta ocasión poner de manifiesto y agradecer el apoyo moral y material tan generoso, prestado en todo momento por la Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús para que el proyecto pueda continuar su curso. Los jesuitas tuvieron la osadía de “abrir los ojos” a la realidad y abrir nuevos caminos en la educación y evangelización de los necesitados. En otro contexto, el desafío sigue hoy en pie. Hoy cosecháis con alegría lo que otros sembraron con sudores, y seguís sembrando con esperanza.

Que el Señor y la Virgen de Guadalupe bendiga el esfuerzo de quienes siembran y de quienes cosechan.